
“NO TODO ES COSER Y CANTAR”. EXPLORANDO LOS ESPACIOS DOMÉSTICOS DE MUJERES MIGRANTES

Tania Cearreta-Innocenti

Universitat de Barcelona

taniacearreta@ub.edu

<https://orcid.org/0000-0002-6914-9028>

Recibido: 21 noviembre 2023; Devuelto para correcciones: 15 abril 2024; Aceptado: 15 junio 2024

“No todo es coser y cantar”. Explorando los espacios domésticos de mujeres migrantes

Este artículo busca comprender cómo se (sobre)vive en los márgenes urbanos desde la domesticidad de un grupo de mujeres migrantes que acuden semanalmente a un taller de costura en Torrassa (L'Hospitalet de Llobregat). Pese a sus historias de lucha, migraciones y una realidad marcada por la precariedad, ellas encuentran en el taller un espacio socializador, movilizador y catártico; un valioso pretexto para compartir anhelos y frustraciones que trascienden su propio hogar, puesto que éste no deja de ser un espacio de trabajo más donde cargan con sus obligaciones, cuidados y su reproducción social. El ámbito doméstico se convierte aquí en un concepto difuso, que desdibuja los límites del hogar y cuyas actividades despojan a las mujeres de un espacio y tiempo propios.

Mediante métodos de investigación cualitativos poco comunes como la creación de mapas de vida textiles, se busca profundizar en los quehaceres y las emociones de estas mujeres costureras y en las complejidades del habitar destacando su papel esencial dentro de sus propios hogares y comunidades. Asimismo, se busca comprender cómo, a través de sus estrategias diarias de resistencia subyacente y silenciosa, sostienen la vida en los márgenes.

Palabras clave: domesticidad; mujeres migrantes; taller de costura; mapas de vida textiles.

No tot es “coser y cantar”. Explorant els espais domèstics de dones migrants

Aquest article busca comprendre com es (sobre)viu als marges urbans des de la domesticitat d'un grup de dones migrants que acudeixen setmanalment a un taller de costura a la Torrassa (L'Hospitalet de Llobregat). Malgrat les seves històries de lluita, migracions i una realitat marcada per la precarietat, elles troben al taller un espai socialitzador, mobilitzador i catàrtic; un valuós pretext per compartir anhels i frustracions que transcendeixen la seva pròpia llar, ja que aquesta no deixa de ser un espai de treball més on carreguen amb les seves obligacions, cures i la seva reproducció social. L'àmbit domèstic es converteix aquí en un concepte difús, que desdibuixa els límits de la llar i les activitats del qual priven les dones d'un espai i temps propis.

Mitjançant mètodes d'investigació qualitativa poc comuns, com la creació de mapes de vida tèxtils, es busca aprofundir en les tasques i les emocions d'aquestes dones costureres i en les complexitats d'habitar, destacant el seu paper essencial dins de les seves pròpies llars i comunitats. Així mateix, es pretén comprendre com, a través de les seves estratègies diàries de resistència subjacents i silencioses, sostenen la vida als marges.

Paraules clau: domesticitat; dones migrants; taller de costura; mapes de vida tèxtils.

It is not all “coser y cantar”¹. Exploring migrant women's domestic spaces (Abstract)

This article seeks to understand how people make a living on the urban margins through the domesticity of a group of migrant women who attend a weekly sewing workshop in Torrassa (L'Hospitalet de Llobregat). Despite their stories of struggle, migration and a reality marked by precariousness, they find in the workshop a socialising, mobilising and cathartic space; a valuable pretext for sharing yearnings and frustrations that transcend their own home, given that this does not stop being just another workspace where they carry their obligations, care and social reproduction. The domestic sphere here becomes a blurred concept, which diffuses the boundaries of the home, and whose activities strip women of their own space and time.

Through unusual qualitative research methods such as the creation of textile life maps we seek to delve into the chores and emotions of these women seamstresses and the complexities of inhabiting, highlighting their essential role in their own homes and communities. Additionally, we aim to understand how, through their daily strategies of underlying and silent resistance, they sustain life on the margins.

keywords: domesticity; migrant women; sewing workshop; textile life maps.

¹ The translation of the Spanish popular expression “esto es coser y cantar” (literally meaning “this is sewing and singing”) would be “It’s [not] all plain sailing”.

[...]
 Me olvidé de vivir
 Me olvidé de vivir
 De tanto correr por ganar tiempo al
 tiempo
 Queriendo robarle a mis noches el
 sueño
 De tantos fracasos, de tantos intentos
 Por querer descubrir
 Cada día algo nuevo
 [...]
 Canta Teresa en el taller²
 'Me olvidé de vivir' de Julio Iglesias,
 1978

Suena 'Me olvidé de vivir' de Julio Iglesias de fondo en el taller de costura de Torrassa. Teresa³ canta fragmentos de la canción mientras Carmen trabaja en la confección de unos pantalones de enfermera para su hija. La música resuena como una epifanía por todo el taller tras la confidencia de Carmen sobre su necesidad de viajar sola a Ecuador, su país natal, por la depresión que sufre desde hace catorce años y la presión que el marido ejerce sobre ella para que no se marche sola. Carmen confiesa que *la vida en el hogar no siempre es fácil* y acaba con un sincero *me quiero olvidar de todo*. Hace más de veinticinco años que migró a Barcelona y vive en Fondo, en Santa Coloma de Gramenet. Carmen es empleada doméstica en un Centro de Día y se ocupa también del cuidado de una señora anciana en su domicilio, y además de tener que ir hasta el barrio de la Sagrera donde trabaja, todos los lunes y miércoles cruza la ciudad de un extremo a otro hasta el barrio de Torrassa, en L'Hospitalet de Llobregat, para acudir al taller de costura. Al igual que Carmen, todas las demás asistentes del taller también son mujeres migrantes procedentes de Colombia, Venezuela, Bolivia o Marruecos y todas ellas comparten, aunque sea por unas horas a la semana, un momento de respiro en sus quehaceres diarios cosiendo con las máquinas.

Las más de seis horas semanales durante tres meses que transcurrí cosiendo junto a ellas en el taller me dieron la oportunidad de entrar en sus vidas, explorar sus rutinas y escuchar sus historias. Mientras el traqueteo de las máquinas de coser llenaba la sala, nuestras conversaciones intercalaban temas corrientes sobre las comidas, el tiempo o la elección de las telas, con otros más densos y complejos sobre sus problemas de vivienda, sus preocupaciones por no encontrar trabajo, sus familiares, sus países de origen, la escasa estabilidad económica, los problemas de

2 Todas las canciones que aparecen en este artículo han sido cantadas o tarareadas por las diferentes mujeres del taller de costura de Torrassa.

3 Todos los nombres de las mujeres han sido modificados por motivos de confidencialidad.

visado, su relación con la costura o sus memorias de infancia, entre otros. A pesar de que sus vidas están marcadas por complejas historias de migración, cargadas de dificultades, frustraciones y quimeras, pude, sobre todo, percibir en ellas y en sus relatos cotidianos la incansable determinación de seguir adelante. En última instancia, es precisamente al adentrarse en lo que llamamos *el acto de habitar*, cuando se hacen evidentes las prácticas y estrategias cotidianas que no son sino una manera de hacer frente al ambiente opresivo, hostil y lleno de incertidumbres en el que viven. Estas cuestiones se abordan a partir del trabajo de campo realizado en el barrio de Torrassa, todos los lunes y miércoles de mayo a julio de 2022, junto a un grupo (variable) de cinco mujeres participantes impulsado por la asociación Mujeres Pa'lante. El hecho de pagar una cantidad discrecional y formalizar mi inscripción oficial en uno de los dos grupos semanales disponibles del curso facilitó una integración más rápida y una aceptación de mi presencia más inmediata por parte de las demás mujeres y que ya llevaban unos meses en el taller, aun cuando me presentara como investigadora y les informara de mis motivaciones.

Dentro del marco de los estudios urbanos, las ciudades son vistas como centros de diversificación, fragmentación y resignificación, al tiempo que son escenarios cruciales de enfrentamientos sociales y políticos (Smith 1996; Vaiou and Lykogianni 2006). No obstante, lo que suele pasar desapercibido en estas perspectivas son escalas espaciales que se encuentran 'por debajo' del nivel urbano o a una escala micro como lo es el cuerpo o el hogar. Existe incluso un cierto prejuicio, cuando no un desprecio o escepticismo, relacionado con la idea de que la rutina de lo cotidiano y la propia intimidad no merecen un compromiso teórico y político, sobre todo en la medida en que se asocian a una esfera y a una praxis de carácter más bien 'femenina' (Ibid.; Chaney 2002). Siguiendo la corriente teórica feminista que contrarresta y amplía esta visión, no se pueden obviar las tareas tediosas, las violencias, las dificultades y las preocupaciones a las que se enfrentan las mujeres para poder cumplir con las necesidades básicas. No obstante, también es necesario dar cabida a la necesidad de incorporar también en sus vidas el bienestar y el placer, de resaltar lo extraordinario en lo ordinario y del potencial del reconocimiento de lo local como un importante espacio de lucha (Lefebvre 1990; Bayat 2010).

Este artículo pretende discutir y poner de manifiesto cómo las múltiples desposesiones a las que se enfrentan las personas que habitan los márgenes urbanos se reflejan sobre la esfera más íntima –la del hogar–; y cómo, a su vez, es precisamente a partir de lo doméstico y a través del papel esencial que juegan las mujeres en él, que se busca encontrar un equilibrio para garantizar el mayor bienestar posible a sus familias y sus círculos sociales más inmediatos. Estas desposesiones se traducen no sólo en el abandono de sus tierras y hogar de origen, la ruptura de sus lazos sociales y familiares en su tierra natal, la privación de acceso a la vivienda, o la pérdida de estatus social y poder adquisitivo, sino también en la falta de un espacio y tiempo propios para ellas.

Asimismo, este artículo explora la posibilidad que abren los márgenes urbanos para una transformación social y política en las ciudades actuales mediante una intromisión silenciosa y casi siempre invisible, o lo que Bayat (2010) denomina como 'quiet encroachment'. Para ello, me centro en cómo las mujeres que acuden a un taller de costura situado en el barrio de Torrassa, en el área metropolitana de Barcelona, desarrollan una serie de estrategias de supervivencia desde su propia domesticidad para hacer frente a la inestabilidad socioeconómica que sufren y cómo el propio espacio doméstico actúa en ocasiones como margen desde el que resistir las diversas caras de la opresión. El objetivo de esta investigación, por tanto, es hablar de la lógica de la legibilidad y de la visibilización evidenciando por qué dichas estrategias de reproducción y supervivencia social son tan invisibles como necesarias. Y aunque a menudo son de una naturaleza más íntima y se encuentran vinculadas al espacio doméstico, no por ello están únicamente restringidas a las cuatro paredes de casa.

Sin embargo, tratar de lo que acontece en los márgenes, de los efectos de estos despojos, es decir, de vulnerabilidad urbana y habitacional, de economías de subsistencia, de dificultades y de precariedad, no resulta sencillo para quienes las padecen. Por ello, un acercamiento cuidadoso y respetuoso requiere extremar la sensibilidad a la hora de observar, así como implementar una metodología colaborativa, pausada, considerando sus silencios y lo menos invasiva posible. Esta investigación utiliza métodos de análisis cualitativo ya consolidados en las disciplinas sociales, como las historias de vida o la observación participante, junto con otros de carácter más experimental, como registros sonoros de los talleres y mapas de vida fabricados con telas. Estas últimas herramientas permitieron un acercamiento menos intrusivo y disruptor en unas vidas ya de por sí suficientemente complejas, y una aproximación cuidadosa desde una materialidad sensible y familiar para las mujeres de manera que ellas pudieran elaborar una narrativa propia.

La estructura del artículo consta de dos partes: en la primera parte se analizan las trayectorias de supervivencia de las mujeres y sus dificultades para comenzar una vida en Barcelona y cómo éstas se establecen en los márgenes de la ciudad. En la segunda parte, se examina cómo se habita el margen, entendiendo el ámbito doméstico también como un margen dentro del margen, el trabajo y la carga que supone para muchas mujeres ocuparse de las tareas domésticas, así como la flexibilidad y mutabilidad del propio concepto de lo doméstico. En este contexto, el artículo se centra en la importancia del taller de costura como espacio de cuidados y de socialización, de reconocimiento mutuo, de infraestructura afectiva, además del valor de la costura y el canto como actividades catárticas para ellas. Por último, se discute cómo mediante la sedimentación lenta, incesante y a menudo invisible de determinadas políticas cotidianas que despliegan las mujeres desde los márgenes, se pueden abrir nuevos horizontes para el futuro.

Trayectorias de supervivencia desde los márgenes

*Esa mirada triste que te acompaña
Dice de las mentiras que has recibido
Esa mirada triste me ha convencido
que tu alma es sensible y que ha sufrido
olvida ya el pasado no lo has vivido
vuelve tu rostro alegre busca la vida
cambia pronto esas lágrimas por
sonrisa
[...]
Canta Carolina en el taller
'Esa mirada triste' de Tania de
Venezuela, 1973*

Una mañana, mientras Carolina, la profesora de costura, y yo estábamos ordenando y haciendo limpieza en el taller, ella quiso compartir conmigo una parte de su historia. Me explicaba que tuvo que *poner mar de por medio* para huir de un ex-marido maltratador que la acosaba y perseguía constantemente, y de unas bandas armadas que la amenazaban de muerte a ella y a su familia en Colombia, su país natal:

[...] Toda la familia se ha venido. Somos muchos los que estamos aquí, por un problema que hay allá con esa gente de las guerrillas. Que ellos hacen eso, ellos acosan a las personas así... Los quitan sus dineritos. Grupos armados, grupos subversivos. Grupos al margen de la ley. Mi hermana tenía un restaurante y le cobraban la vacuna, y se iban a llevar a su hijo secuestrado. Ella buscó una manera rapidito de sacarlo hasta que le consiguió un pasaporte que no era el de él. Todo el viaje así. Gracias a Dios, cuando llegó aquí fue muy bien. Y así. Entonces ella mandó primero al hijo, luego el hijo cuando ya se instaló aquí ya la trajo a ella, y yo fui la tercera que vino. *Habemos* cuatro hermanas, tres con sus hijos, una que no trajo hijos y yo me traje a mis hijos, uno por uno. Los fui trayendo.⁴

Carolina llegó hace cinco años a Barcelona con sesenta años intentando escapar de un entorno muy violento y poco seguro para ella (Figura 1). Al llegar a España, tras solicitar la tarjeta roja⁵ y el asilo político, participó como asistente a los cursos de costura en el barrio de Torrassa, donde más tarde llegó a ser la profesora del taller debido a su larga experiencia en el oficio. Tras unos años de voluntaria y cobrando en negro, desde la asociación Mujeres Pa'Lante han conseguido finalmente

4 Todas las citas se presentan respetando fielmente la forma en que las mujeres se expresaron incluyendo la sintaxis adecuada entre paréntesis para facilitar su comprensión.

5 La tarjeta roja es un documento provisional que habilita a un extranjero proveniente de una nación en conflicto o afectada por un desastre natural a residir en España mientras espera la resolución de su solicitud de asilo político o protección subsidiaria por razones humanitarias. Dicha tarjeta otorga a la persona solicitante el derecho a trabajar, abrir una cuenta bancaria, matricularse en cualquier formación o centro educativo, inscribirse en las bolsas de empleo, y acceder a los servicios de atención médica.

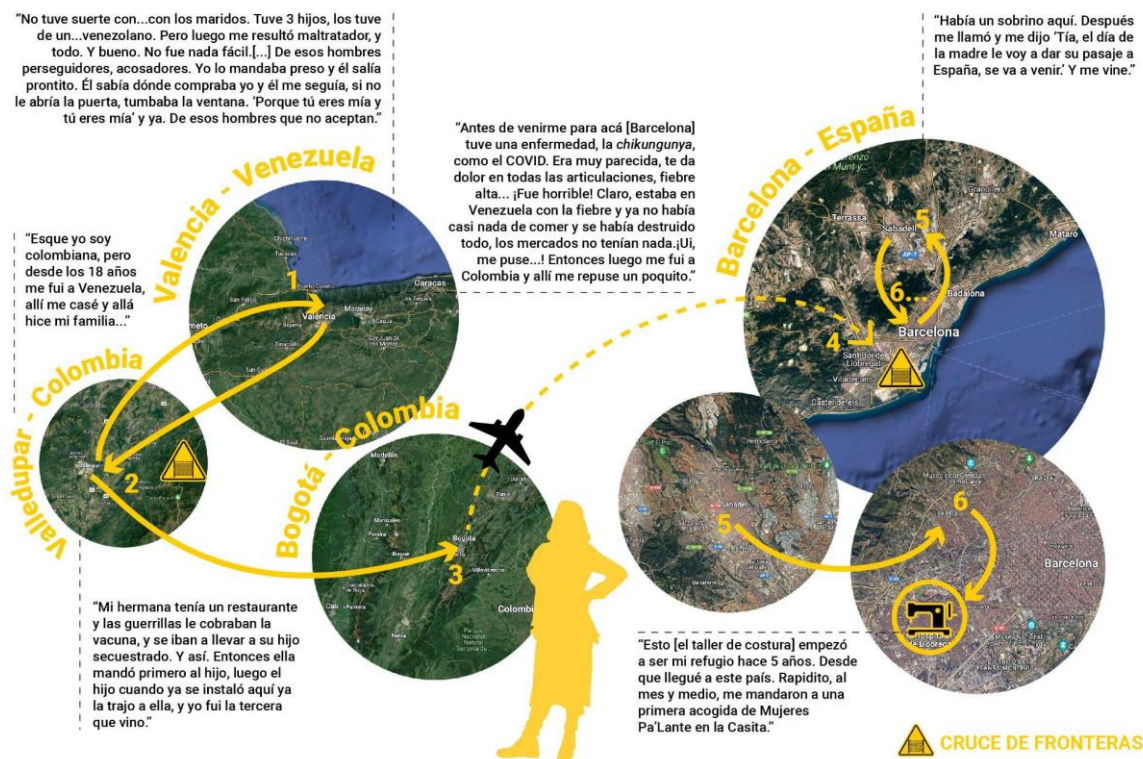
hacerle un contrato como maestra, hecho que le garantiza la regularización de su situación en el país.

Al margen de la dificultad que supone realizar un proyecto migratorio a una avanzada edad, las personas que lo emprenden, como en el caso de Carolina, se encuentran en una situación umbral, en un limbo terrestre, viviendo al margen de dos culturas sin llegar a ser miembros de pleno derecho en ninguna de las dos. El inmigrante emprende un viaje, pero por mucho que consiga llegar a su destino, no acaba de desprenderse de su condición como tal. El inmigrante es el 'afuera', la otredad por definición. En su disertación sobre el concepto de extranjero, Georg Simmel (1908) ya sostenía que es una figura intrínsecamente ambigua y dinámica en la que se entrecruzan la pertenencia y no pertenencia a un espacio, encarnando, por tanto, la materialización misma de la frontera. El extranjero es aquel que forma parte de un grupo social específico de llegada pero se integra a él a través de su exclusión. Por mucho que Carmen, por ejemplo, tras preguntar cuánto tiempo llevaba residiendo en Barcelona declarara sentirse catalana, su situación y legibilidad como extranjera le acompaña. Es más, como inmigrante, es heredada incluso a sus hijos, no pudiendo deshacerse de su condición de desplazamiento aun cuando lleve consigo en sus espaldas veinticinco años asentada en Barcelona.

El inicio del proceso migratorio, al igual que para Carolina, generalmente surge a partir de la interacción con las experiencias de quienes ya han pasado por una situación similar. Estos primeros encuentros suelen darse entre familiares, o a través de amigos o conocidos que están al corriente de personas que han emigrado y establecido residencia en la ciudad de destino. Estas conexiones cumplen un doble propósito: por un lado, antes de emprender el viaje, refuerzan los sueños y aspiraciones de mejorar las condiciones de vida, y, por otro lado, desempeñan un papel fundamental en los primeros momentos tras la llegada, ya que proporcionan información inicial sobre la búsqueda de alojamiento, empleo y adaptación a la vida en el nuevo contexto (Margarit Segura 2008). De la misma manera, cabe resaltar que, a menudo, la información que se comparte en esta red contribuye a la creación de una imagen del 'emigrante exitoso', puesto que se suelen transmitir experiencias que desde lejos pudieran ser percibidos como logros significativos en términos de mejora de vida, como sería por ejemplo, la adquisición de bienes materiales, aunque estas imágenes no siempre reflejan la realidad (Ibid.).

En efecto, Carolina vive en continuo realojo desde que llegó a Barcelona, trasladándose de una casa de acogida a otra, de Sabadell al barrio de Sarrià, donde vive alquilando una habitación en un centro de acogida residencial temporal. Dicha condición supone una dificultad a la hora de construir una vida estable y crear vínculos fuertes en un territorio o en un barrio concreto, obligándola a permanecer en un suspenso y desplazamiento continuo.

Figura 1. Trayecto migratorio y fragmentos de la historia de vida de Carolina.



Fuente: Elaboración propia.

La historia de migración de María (Figura 2), una de las asistentes del taller, está atravesada por unas violencias y desposesiones diferentes a las de Carolina. María llegó a Madrid en 1999 tras la profunda crisis financiera que hubo en Colombia y las dificultades de vivir allí: *yo lo he pasado mal, había días que no tenía ni el pan para el desayuno de mis hijas y, bueno, se presentó una oportunidad de venirme para acá.* Tras malvender la casa y todas sus pertenencias, María expresaba sus temores al emprender el viaje con sus hijas pequeñas:

Y miedo porque devolvían a gente [...]. Y en Madrid, nosotros veníamos elegantes, era invierno. ¡Esos inviernos sí que eran fríos! Sí, sí, con abrigos largos y todo. Y bueno, cuando nos tocó pasar la registradora, y ese tipo que nos atendía era ¡guapo!, y yo era guapa, yo en esa época era guapísima. [...] Y yo llegué y dije "buenos días". Y yo mirando, porque nos enseñaron... porque en la universidad, tuvimos una clase que era, ¿cómo se llamaba esa clase? donde enseñan a la gente a perder la timidez, a actuar como profesional. [...] Y yo mirando y él me aguantaba la mirada. Y entonces me dice:

- ¿Para dónde vas?
- Para Barcelona. [...]
- ¿Cuánto tiempo va a ser?
- Un mes.

—¿A qué viene?

—La ilusión más grande es que mi hija mayorcita, ésta, cumple años en estos días, y su ilusión es conocer la nieve.

— Aquí no hay nieve.

—No, pero vamos para Andorra.

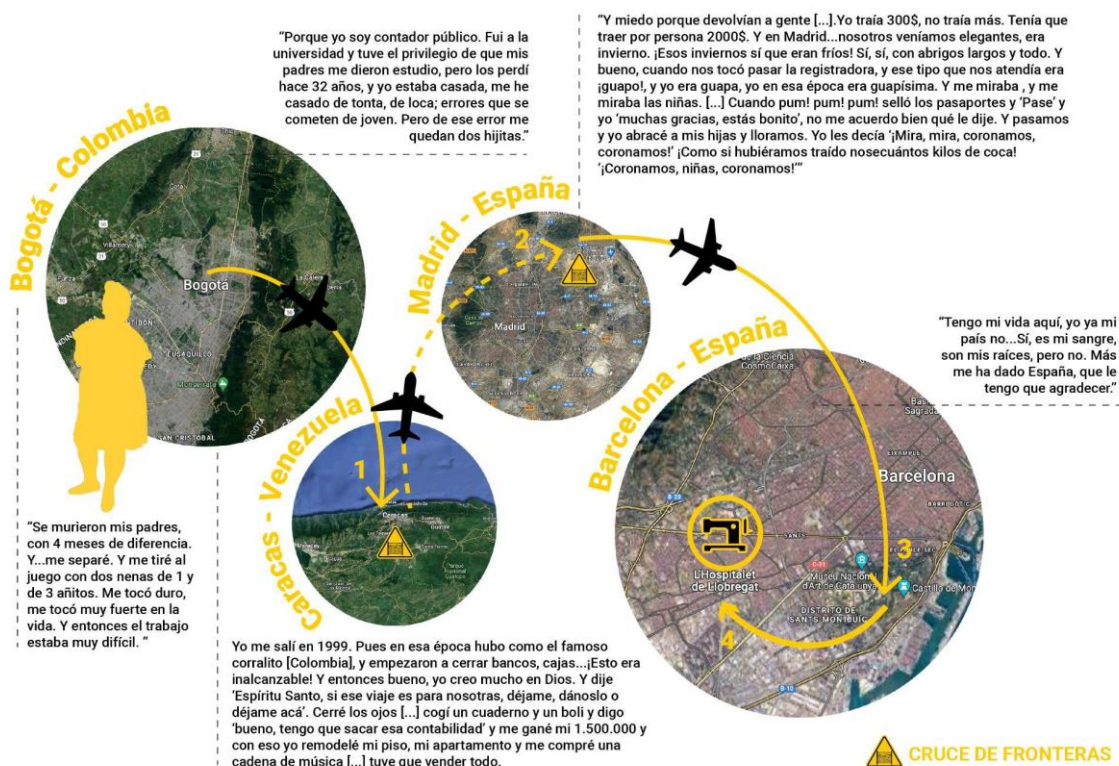
Y me miraba. Miraba y miraba los pasaportes, mira, yo rezaba, como nos devuelvan ¿a dónde voy a parar? en una esquina a pedir limosna, yo venía sin nada, yo traía una maletita así [pequeña] con todas las ilusiones, sueños, tristezas... en una maleta así. De las tres. Bueno, y no me pidió ni la carta de invitación, ni el dinero. Yo traía 300\$, no traía más. Tenía que traer por persona 2000\$. Y me miraba, y me miraba las niñas. Cuando pum! pum! pum! selló los pasaportes y "Pase" y yo "muchas gracias, estás bonito", no me acuerdo bien qué le dije. Y pasamos y yo abracé a mis hijas y lloramos. Yo les decía "¡Mira, mira, coronamos, coronamos!" ¡Como si hubiéramos traído nose cuántos kilos de coca! "¡Coronamos, niñas, coronamos!". Y ya. Y aquí estoy.

Esta situación descrita en la aduana advierte de la legibilidad de María como amenaza o fuerza de trabajo por el país de receptor, situándola, inequívocamente, bajo un escrutinio constante. María, forzosamente, es considerada como una inmigrante más a quien se debe mantener bajo control, alguien de quién desconfiar; en definitiva, una otredad no exenta de su cualidad problemática e inferior, incluso culturalmente, cuyo destino es ocupar las peores filas de la nueva sociedad que los recibe teniendo que dar explicaciones sobre su presencia y su conducta allá donde vaya. Más allá del desplazamiento en sí mismo y lo que ello implica, otra de las frustraciones que muchas de estas mujeres experimentan es la de la pérdida del estatus social y del reconocimiento de su formación profesional. Muchas de ellas han estudiado carreras en universidades en Ecuador, Venezuela o Colombia, pero una vez en el nuevo territorio sus títulos no son homologados, perdiendo su inserción social como profesionales y también su capacidad económica para entrar en el mercado laboral como trabajadoras cualificadas, estando todas ellas abocadas a conformarse con empleos socialmente infravalorados como el de trabajadoras domésticas, asistentes del hogar o limpiadoras. Este desencanto y frustración se destilan de las palabras de María aludiendo precisamente al hecho de no haber podido ejercer de contador público:

Para mí fue triste, porque estudié tanto, un máster también, pero... no lo logré. Pero bueno, la vida me puso aquí, mis hijas están bien. Estudié enfermería y geriatría. Porque cuando ya no podía hacer nada, pues me puse a estudiar eso. Porque ya estaba cansada de trabajar en casas. Ganaba bien, pero entonces, hace siete años tuve un accidente, me caí, se me cayó la escalera, y mira. Llena de tornillos.

Tras la llegada al nuevo país, comienzan toda una serie de decisiones, incertidumbres y complicaciones que las mujeres se ven obligadas a resolver. Estos relatos no sólo dibujan unas historias de migración marcadas por las hostilidades y riesgos, sino que también componen una geografía y un paisaje urbano propio. Estas historias generan una identidad y unos recorridos específicos en los barrios donde estas mujeres habitan, conformando una identidad dinámica que tiene su propia materialidad y concreción espacial. A menudo, estas mujeres se asientan allí donde previamente ya se han establecido parientes o amigos, o buscan viviendas económicamente accesibles, compartiendo espacio con otras familias, alquilando habitaciones o sólo camas, o incluso viviendo directamente en el lugar donde trabajan. Estos lugares para residir suelen estar en aquellos barrios donde los alquileres no son tan sumamente prohibitivos, más periféricos y degradados, y alejados de los servicios: Fondo, Torrassa, la Florida, Badal o Bellvitge. Espacios que tienden a concentrar aquellas actividades y personas que no son bienvenidas en los centros de las ciudades, y que, de alguna manera, confrontan y ‘ensucian’ la imagen que Barcelona tanto se ha empeñado en proyectar de cara a inversores y turistas. Estas mujeres habitan los márgenes urbanos de una ciudad que las acaba acogiendo con demasiadas condiciones.

Figura 2. Trayecto migratorio y fragmentos de la historia de vida de María



Fuente: Elaboración propia.

A pesar de que muchas de ellas se sienten agradecidas por vivir en Barcelona, las dificultades que han sufrido y siguen sufriendo marcan una manera singular de habitar el espacio, trazando su propia geografía en las ciudades, hecha de los lugares que frecuentan, las redes de apoyo que construyen y las formas en que se relacionan con diferentes espacios de la ciudad.

Esta multiplicidad de trayectorias que generan espacialidades confluyen por unas horas en el taller de costura de Torrassa. Torrassa es un barrio de L'Hospitalet de Llobregat, en el área metropolitana de Barcelona, con un marcado pasado industrial y obrero. Durante el siglo XX experimentó un significativo crecimiento demográfico debido a los flujos de migración interna, especialmente en los '60s, y más recientemente, con la nueva oleada migratoria proveniente principalmente de Latinoamérica y Marruecos durante los primeros años del 2000. La Torrassa, como barrio de alta densidad y de acogida de inmigración, responde a una lógica urbana de exclusión, desposesión y marginación. La prensa local ha cultivado un imaginario de tráfico y consumo de drogas, foco de conflicto, delitos, robos y violencia como parte de los barrios de este distrito, especialmente vinculado a los barrios de la Florida, Collblanc y Torrassa. Barrios de casas baratas en origen que hoy no han dejado de serlo en términos estructurales, donde la densidad por km² es de 67.632hab./km² (Ajuntament de L'Hospitalet 2022) en Torrassa, con una renta media per cápita por debajo de los 11.000€ (Idescat 2022), y con una tasa de desempleo registrado en 2023 de 9,30% en L'Hospitalet (Ibid.). Además de experimentar graves dificultades en cuanto al acceso a la vivienda, esta zona podría concebirse como un área adormecida, una zona desatendida por las administraciones en cuanto a servicios e infraestructura y que ha resultado poco atractiva para las inversiones privadas. Sin embargo, y cumpliendo con el destino esperable de los espacios en reserva (Tello 2005), de un tiempo a esta parte parece estar interesando a nivel urbanístico generando grandes inversiones de capital en L'Hospitalet, con proyectos como el Districte Cultural LH, el denominado nuevo 'Brooklyn' de L'Hospitalet (Guerrero 2016), con los rascacielos de la Plaza Europa, y el Districte Econòmic en su 'tercera transformación' asentando las bases para empresas del sector biomédico. Esta área urbana, que cuenta con alrededor del 40% de población migrante y graves problemas económicos está experimentando una acelerada rehabilitación urbanística y la llegada gradual de grupos sociales, incluidos turistas con un estatus económico superior al de los residentes originales, presagiando nuevas dinámicas urbanas en los márgenes de la ciudad.

Habitar el margen del margen: sosteniendo la vida desde lo doméstico

[...]
Avec mes souvenirs
J'ai allumé le feu
Mes chagrins, mes plaisirs
Je n'ai plus besoin d'eux
Balayé les amours
Avec leurs trémolos
Balayé pour toujours
Je repars à zéro
Non, rien de rien
Non, je ne regrette rien
 [...]
 Canta Jalila en el taller
 'Non, je ne regrette rien' de Edith Piaf, 1956

Una mañana, Jalila entona la melodía de la conocida canción francesa mientras cose su blusa. Nuestras máquinas siguen punteando cuando recuerdo la conversación del día anterior en la que Jalila compartía con las demás mujeres del taller su experiencia íntima de desplazamiento. A una edad temprana, necesitó marcharse de su hogar familiar en Kenitra, Marruecos, con el propósito de buscar su independencia personal que sólo pudo encontrar mediante el matrimonio con su primer marido. Jalila explicaba que, a pesar de que valoraba el hecho de que su padre quisiera que ella y sus hermanas estudiaran en vez de que aprendieran exclusivamente las labores del hogar, se sentía constreñida, limitada y controlada, sin poder salir de casa y sin poder interactuar con otras personas. Describía así sus memorias de juventud con su familia mientras las demás mujeres escuchaban atentas:

Jalila: Mi padre es una persona que ha estudiado, pero que tiene un carácter... ¡madre mía! No puedes mirar por la ventana, no puedes salir de la puerta [...] Por ejemplo, para ir a estudiar sí, solamente para ir a estudiar. [...] Él sale, trabaja, sale con sus amigos, y todo. Y nosotras nada. La gente siempre (le comentaba sobre) las persianas bajadas "Oye, ¿no tienes hijos o qué?" "¡Sííí! ¡Tengo seis!"

Teresa: ¡Nooo mi amiga, menos mal que te chuleaste! ¡Si no, no tuvieras vida!

Jalila: Madre mía, era de verdad muy machista. Me dice "mira, no te falta comer, no te falta vestido, no te falta" pero...

Teresa: ¡Te falta vivir!

Jalila: Claaaro, después le digo a mi madre "Oye, no va a encerrarme como a un mono, ¡me voy! De verdad, me voy y ya está, no (me) voy a quedar con él." Te lo juro, no te deja ni salir, ni nada. "¿Por qué has hablado con éste?" "No tienes que hablar con hombres" Nada. [...] Somos cinco hermanas, pero él, cuando por ejemplo, a él no le gusta(ba) mi marido (ahí) tenía razón. Pero como yo estoy (era) joven, y me he apretado mucho...

Carolina: Tú pensaste tener un poquito de libertad con él.

Jalila: Eso, pero fue peor que mi padre.

Carolina: Sí, sí.

No resulta extraño que muchas mujeres todavía hoy en día, consideren el matrimonio como una posible vía de escape de entornos familiares que pueden resultar claustrofóbicos. Sin embargo, en muchas ocasiones como en el caso de Jalila, abandonar un entorno familiar opresivo puede significar entrar en otro junto a sus maridos. Jalila seguía su relato de forma tajante mientras las demás mujeres asentían:

Jalila: Los hombres cuando ya empiezan a jugar contigo... ¿me entiendes? [...] A mí no me importa, lo quiero hoy y mañana lo odio, ¿eh? Te lo juro, no miro atrás. ¿Que no me encuentra? Ya está. Adiós. Yo no lloro por ningún hombre. Aunque (sea el) padre de mis hijos, cuando no quiere ya ha hecho aguanto (he aguantado) mucho, ¿sabes? Le he dado muchas oportunidades, pero al final yo tengo que divorciarme. Y sabes, si (te) divorcias en Marruecos, no (es) como aquí. Tienes que dejar todo. Tenía que dejar todo, hasta mi ropa. Salí sólo con mis hijos. Son tres, ¿me entiendes? Pero a mí me vino (el marido) después ya "Perdóname, dame..." Digo "¡Ya está!". Ya no puedo más. Ha llegado a un nivel que ya no puedo más. Y ya está. Entonces ha (he) cogido y ha (he) venido aquí. [...] Imagínate que era arquitecto, ganó mucho dinero, va a jugar a la máquina, borracho, no viene, a veces dos o tres días yo no sabía ni dónde está. [...] Y yo después cuando he venido aquí (a Cataluña), se pone a llorar. Ya es tarde.

Carmen: Le dices: *Ya es muy tarde para remediar todo lo que ha pasado / preferible, vivir sin ti para no olvidar / Que olvides el pasado / Ya es muy tarde si tratas de volver / Resígnate a perder* [Carmen arranca a cantar el bolero 'Ya es muy tarde' de Los Panchos]

[Reímos todas].

Carmen: *...Te busqué / Y tus plantas de rodillas imploré...* No veas yo cómo vengo aquí, me traigo todas las penas...

Carolina. Sí, ¡matas las penas!

Este fragmento de conversación no sólo ilustra la confianza entre las mujeres del taller para tratar temas complejos como sus conflictos conyugales y las dificultades que han padecido, sino que, al mismo tiempo, pone de relieve la multiplicidad de violencias y desposesiones que a Jalila, entre otras, le ha tocado vivir. Estas conversaciones, además, se producen en un entorno que las mujeres perciben como seguro, donde el humor y el canto también tienen cabida como medios para compartir sus vivencias más duras. En el caso de Jalila, pasar por un divorcio y un tribunal en Marruecos con dos días de detención en la cárcel por 'desacato', verse obligada a dejar atrás todas las pertenencias y bienes materiales, hacerse cargo de los tres hijos sola, sufrir control económico por parte del marido, sufrir el estigma social como mujer divorciada dentro de su comunidad, pasar por un segundo divorcio con otro hombre y continuos desplazamientos entre países en busca de una vida mejor, son sólo algunas de las experiencias que quiso verbalizar y compartir.

En efecto, las mujeres siguen estando sometidas a toda una serie de controles informales en los espacios públicos –desde acoso callejero, vigilancia y juicio, restricciones de movilidad, estereotipos de género, etc.– y aún así, el lugar más cruel y peligroso para ellas es con demasiada frecuencia la intimidad de su propio hogar (Wilson 1995). Pero, ¿cómo habita una mujer y qué es lo que habita?

Sosteniendo la vida

A lo largo de la historia, la distribución desigual del trabajo doméstico ha operado como un mecanismo de control y sometimiento de las mujeres en el ámbito privado. Esta dinámica, arraigada en una profunda estructura patriarcal, ha perpetuado la desigualdad de género y ha reforzado asimetrías en las relaciones de poder fundamentales para el mantenimiento de lo social. A pesar de constituir un pilar fundamental para el funcionamiento de los hogares y la economía, el trabajo doméstico como fuerza de trabajo ha sido sistemáticamente infravalorado e invisibilizado; su falta de reconocimiento en los indicadores económicos convencionales, como el Producto Interno Bruto (PIB), por ejemplo, es una clara prueba de ello. Las tareas domésticas siguen siendo responsabilidad y deber de las mujeres. Según la economista feminista Pérez Orozco (2014, 105), el trabajo doméstico y los cuidados lo conformarían esas labores residuales a las de mercado:

[...] actividades imprescindibles para arreglar los desaguisados provocados por la lógica de acumulación y/o cubrir los espacios que los mercados dejan vacíos por no ser rentables; actividades que se caracterizan por estar sometidas a la ética reaccionaria, por hacerse de forma oculta, desde una noción multidimensional de la invisibilidad entendida como subalternidad y sustracción de la capacidad para cuestionar el conjunto del sistema que se contrapone a la plena visibilidad de los mercados y su lógica heteropatriarcal de acumulación.

A pesar de que las mujeres del taller, como tantas otras mujeres, no son vistas como sujetos activos, productivos y rentables del sistema, son ellas las que deben llenar los vacíos y las carencias que la lógica del mercado deja mediante el trabajo reproductivo y de cuidados para sostener la vida de sus familias y comunidades (Pérez Orozco 2014; Katz 2001; Lawson 2008). La prestación de cuidados –incluida la maternidad, las tareas en la cocina y la preparación de la comida, la limpieza, la atención a los enfermos y el tratamiento de los traumas y gestión de la muerte– es un ámbito de trabajo muy devaluado y feminizado. El trabajo de cuidado en el ámbito familiar, sin embargo, es a menudo impuesto y no necesariamente desinteresado, a pesar de que dicho trabajo no implica que sea inevitablemente penoso o no gratificante, pero sí que la elección de las asignaciones de los roles de género esté determinada por las dinámicas de poder que se manifiestan también en el entorno del hogar. Teresa, una de las más veteranas del taller, sentenciaba lo siguiente después de que Carmen le preguntase si ella trabajaba:

¡En la casa! Es el peor trabajo que puede haber. ¡Porque ese no lo pagan! Y nuuunca están satisfechos. [...] En la casa una no descansa, no descansa en el trabajo [...] Por más de que tú digas que no tienes...a veces tú te sientas ahí y dices, “no tengo nada que hacer hoy”, pero no, es que no quieres hacer porque lo que tienes, lo tienes que hacer.

El hecho de que el trabajo doméstico no esté reconocido ni dentro del hogar ni fuera de él crea desventajas evidentes para las mujeres. Más allá de colocarlas en peor posición negociadora en la esfera familiar y hacerlas económicamente más vulnerables, aquellas que poseen un trabajo en el mercado laboral suelen estar mal remuneradas y con empleos socialmente poco valorados. De este modo, muchas mujeres, aparte de ser explotadas en el lugar de trabajo, también experimentan doble o triple jornada laboral con el trabajo doméstico que deben realizar en sus hogares (McDowell 2000; Pérez Orozco 2014).

Con frecuencia, además de considerarse como las únicas responsables de los cuidados y de las labores domésticas, estas mujeres sienten la presión de cumplir con los estándares sociales que se esperan de ellas en cuanto a la manutención del hogar; la casa debe estar siempre ordenada y limpia. Este aspecto se convierte en una carga adicional, ya que la casa debe mantenerse impecable para evitar el juicio de los demás y el sentimiento de vergüenza que supondría no cumplir con esta expectativa social:

Jalila: Madre mía, y he venido tarde, te levantas, te vistes, hacer la cama, hacer... de verdad, te lo juro eh, no puedo salir de casa y dejar la casa mal ordenada, ¿me entiendes? Tengo miedo si viene alguien... ¡como (si) no has hecho nada nunca!

Carolina: ¡Una visita sorpresa!

Jalila: Sí, siempre. Si te llama alguien, de verdad, si te llama al timbre, sube y la casa está mal ordenada... Luego piensa “Jalila, que no hace nada, sólo está jugando delante de la tele y comiendo nada más [ríe]”

Pero aquello que las mujeres realizan como tareas domésticas no sólo se traduce en las labores físicas que llevan a cabo, sino también en el trabajo y carga mental que supone sostener y organizar la vida. Se trata de hacer todo tipo de cálculos, pensar en la logística, coordinar, planificar, comprobar, anticipar, supervisar, tomar decisiones o tener un mapa mental del barrio donde se pueden encontrar los precios más bajos de comida, ropa u otros servicios. Se materializa en el trabajo invisible que implica recordar las citas médicas, las responsabilidades familiares, los cumpleaños, lo que se necesita para la casa, la lista de la compra, las tareas que quedan por hacer, y un largo etc. del esfuerzo mental deliberado que supone aquello que llamamos vida doméstica. Y esta carga también tiene su propia manifestación y huella espacial. Estas mujeres generan un mapa mental de los lugares que transitan, de sus barrios, de los puntos de encuentro, de lugares significativos y vitales para ellas: dónde se encuentra la oficina del servicio municipal de asesoramiento sobre inmigración, donde comprar flor de Jamaica para controlar la ansiedad, o dónde encontrar telas al metro a buen precio, por ejemplo.

El listado de preocupaciones y quehaceres que suele ocupar la mente de estas mujeres es interminable. Las tareas y responsabilidades que recaen sobre ellas son las que aseguran las necesidades básicas de su familia, el funcionamiento del hogar y la salud de sus miembros, así como el apoyo emocional y el mantenimiento de los lazos familiares y comunitarios (Amoroso et al. 2003). Y claro está, las consecuencias y el impacto que tiene en la salud mental también es palpable: el cansancio, la fatiga mental, la disminución de la concentración, pero también a nivel emocional el malestar, la irritabilidad, el nerviosismo, la frustración, la tristeza o ansiedad (Rolo González, Díaz Cabrera y Hernández Fernaud 2009) se vuelven parte de sus vidas. Carmen y Teresa conversaban un día sobre su gestión del estrés en sus hogares:

Carmen: Sí, saco fuerzas de donde no tengo, pero bueno, ahí vamos. Yo, así de noche me cuesta dormir con música la verdad. Le digo a mi hija que necesito no pensar.

Teresa: Esta es mi mejor medicina. Mira, yo puedo tener lo que sea, pero yo pongo música y es que me concentro tanto en la música que no, no, no, no sé, me hace mucho bien. Me hace mucho bien la música. Gracias a Dios. [...]

Carmen: Yo con decirle que necesito estar sola. Necesito estar sola. Mis nietos los adoro y todo, pero la bulla, todo eso me agobia.

Teresa: Te atormenta.

Carmen: Me agobia, sí. No quiero bulla...

Teresa: Porque te metes en tus problemas, te metes en tu zozobra que tienes. Nonononono. Y cuando veo que la música me sigue, me voy para la calle a caminar. No tiene que ser tiendas ni nada, sino caminar. Pero con música. Me agarro el teléfono, me pongo mis audífonos y me pongo a caminar. Y listo.

Carmen: Y allí queda todo.

A pesar de estos pequeños atisbos de búsqueda de placeres para sobrellevar el estrés que atraviesan sus vidas, compaginar el trabajo remunerado, ya sea formal o informal, los cuidados, el trabajo doméstico y la carga mental requiere una gran capacidad organizativa, además de mucho esfuerzo y tiempo. Mientras el capitalismo opera y explota estas mujeres en el mercado y en lo público, el patriarcado ejerce su control también en lo privado-doméstico, en sus casas. El primero conlleva una explotación de clase a través del trabajo asalariado, mientras que el segundo una opresión de género materializada en el trabajo doméstico. Estas mujeres están sometidas a ambos, y ambos se encuentran inevitablemente entrelazados. Por ello, "ahondar en la caja negra de los hogares es imprescindible para entender los procesos socioeconómicos y el acceso al bien-estar." (Pérez-Orozco 2014, 98)

El margen del margen

Aunque pudiera parecer un contrasentido, el espacio privado, el espacio doméstico, que históricamente ha sido asignado a las mujeres, no siempre les pertenece; no significa necesariamente que sea un lugar donde finalmente puedan ser ellas

mismas. La proyección del imaginario de la familia como institución, las labores domésticas, la carga mental, y las desigualdades que existen, convierten el hogar para muchas mujeres en jaula, en prisión, en espacio de abuso, de violencia, de dependencia económica y afectiva, al mismo tiempo que paradójicamente debe garantizar y salvaguardar el confort, el calor, el orden, la limpieza, la tranquilidad y la seguridad; en definitiva, salvaguardar el imaginario del *hogar, dulce hogar*.

Y es que este ideal de hogar seguro, como un espacio de comodidad, de protección, de una vida doméstica sin asimetrías, sin fórmulas brutales de sumisión, es algo que mujeres como Jalila o Carolina pocas veces pueden encontrar en su propia vivencia. En muchas ocasiones, el sentido de hogar que habitan estas mujeres no dista mucho de lo que el Erving Goffman (1961) llamó como 'institución total' para referirse a lugares como prisiones, barcos, cuarteles militares, hospitales psiquiátricos y otros espacios de reclusión donde la cotidianidad transcurre en unas condiciones sumamente estructuradas y reguladas bajo el control de la institución. En un hogar abusivo u opresivo, las dinámicas familiares pueden adquirir características similares a las de una institución total en aspectos como el control total donde una persona dominante ejerce un control completo sobre los demás miembros de la familia, limitando su autonomía y toma de decisiones; una estructura rígida y jerárquica de poder donde se tienen roles predefinidos; normas y reglas estrictas que deben seguirse sin cuestionar o la pérdida de autonomía, donde las personas pueden experimentar una pérdida de su independencia y capacidad para tomar decisiones.

Bajo esta mirada, podríamos tratar el espacio doméstico de estas mujeres también como la expresión territorial más íntima de este concepto de margen. Si bien los márgenes urbanos se establecen en relación a un centro mediante circuitos de capital y control, participan de las reglas que establece el centro, y a su vez, encuentran en estos espacios y sus brechas formas de resistencia y de transgredir sus normas, es también el hogar representación de este concepto de margen. La situación de inmigración, de precariedad y de incertidumbre, de abuso, de despojos y de búsqueda de recursos a los que acceder, de continuo reajuste económico o de continuo cambio de casa, mantiene a muchas de las mujeres del taller suspendidas en un estado de aceptación y condena, en un estado de restricción y privación de lo privado, pero siempre entregadas al cuidado y bienestar de sus familias, maridos o comunidades.

Tras las conversaciones y tiempo compartido con ellas, la noción de espacio doméstico iba transformándose y definiéndose, expandiéndose y conformándose en un concepto flexible, mutante, que no se circunscribía únicamente a las cuatro paredes del hogar. Sus experiencias de confinamiento, dominación y control dentro de los hogares, pero también de resistencia y de intentar encontrar en él, o fuera de él, una fisura, un espacio íntimo y de desahogo para su propio bienestar, invita a la consideración de que estas mujeres habitan el margen de los márgenes. Si los espacios fronterizos suelen ser lugares de represión, control y violencia, será

necesario resignificarlos y reconfigurarlos para abrir desde ese hostil e incierto locus una brecha de posibilidad y de potencial político: “Para mí este espacio de apertura radical es un margen, un profundo barranco. Situarse allí es difícil, pero necesario. No es un lugar «seguro». Siempre se corre un riesgo. Se necesita una comunidad de resistencia.” (hooks 1989, 19).

El espacio del taller de costura

[...]
De todas maneras, rosas
Para quien ya me olvidó
Más vale un ramo de rosas
De primavera y color
Aunque el hastío, la indiferencia, el
olvido
Caigan, sobre lo vivido, al final como el
telón
Yo traigo un ramo, un ramo de lindas
flores
De perfumados colores, para quien ya
me olvidó
 [...]
 Canta Teresa en el taller
 ‘De todas maneras rosas’ de Ismael
 Rivera, 1979

Las mujeres acuden semanalmente al taller de Torrassa a pesar de tener largas horas de trabajo y una vida doméstica que sostener, pero encuentran ese espacio de tiempo para compartir con las otras mujeres. Los motivos expresados, explícitos u ocultos, por los que cada una de ellas se aproximó inicialmente al taller de costura varían según la circunstancia y la persona, pero sin duda, aquellos trascienden el mero propósito de adquirir habilidades textiles. Tras preguntarles qué significa para ellas ese lugar, sus respuestas nacen desde una posición más emocional: ampliar y revivir sus conocimientos olvidados y conectar con otras personas, honrar el legado familiar, la realización de un largo anhelo, meditación, diversión y aprendizaje, o una actividad que le resultaría demasiado cara de otro modo. El taller no sólo proporciona conocimientos prácticos, sino que también ofrece un espacio colectivo, de conexión con otras personas y de apoyo mutuo. Este espacio se convierte así, en una oportunidad de sentirse útiles al realizar una actividad que les satisface y aprender un oficio relevante en su día a día, pero, sobre todo, estar en un espacio y tiempo compartido exclusivamente para ellas. Aunque la costura ha sido, y sigue siendo, un trabajo socialmente atribuido a las mujeres por sus cualidades ‘femeninas’ –al igual que otras labores domésticas– en este caso, las mujeres utilizaban el taller como un espacio casi terapéutico para evadirse del trabajo y los problemas. El taller se convertía en un lugar altamente socializado y socializador, un espacio de cuidado

propio y de cuidado mutuo, de conocimiento y de escape (Cearreta-Innocenti, 2023). En él se activaban redes de ayuda cuando se intercambian ofertas de trabajo, sugerencias y consejos, se transmitían remedios caseros a base de frutas y plantas, se compartía comida mientras Carolina preparaba café para todas, se intercambiaban telas y saberes sobre costura, pero ante todo, el taller representaba el espacio donde se compartían las experiencias más íntimas y personales: las conversaciones sobre sexo, sobre los problemas conyugales, las desavenencias familiares, historias de infancia y de sus países de origen eran los temas más recurrentes.

Ciertamente, como en todo espacio social, el taller no estaba exento de conflicto. Aunque con poca frecuencia, se generaban situaciones incómodas especialmente cuando se incorporaban algunas de las mujeres del otro grupo semanal aprovechando el horario de apertura del taller. Generalmente, estas mujeres, de personalidad expansiva y dominante, monopolizaban las conversaciones con comentarios y bromas de índole sexual. En contraste, otras evitaban participar, justificando su reserva con la expresión 'chapadas a la antigua', mientras intentaban esbozar tímidas sonrisas en respuesta a la seguridad y desenvoltura mostrada por las primeras. Asimismo, había quejas sobre determinadas personas que no respetaban el horario del taller, obligando a la profesora a extender su propio horario. Estas desavenencias eran comentadas entre las mujeres al día siguiente, pero tal como habían surgido, después se intercalaban con otros temas, con comentarios sobre la costura y se disolvían nuevamente.

Pero quizá, una de las cuestiones más destacables del taller era su capacidad para convertirse por momentos en cocina, en lugar de juegos para los nietos de algunas de ellas, en comedor, en espacio para realizar llamadas internacionales a familiares, lugar de descanso, o de conversación con vecinas que venían a charlar durante un rato (Figura. 3). Esta maleabilidad del espacio según las necesidades desdibuja por completo los límites de lo doméstico, transitando entre lo público y lo privado, lo íntimo y lo colectivo. Sin embargo, el taller de costura no se convertía en espacio doméstico sólo porque los atributos y las actividades del hogar se reprodujeran en el taller, sino por las emociones incrustadas en el espacio, porque en el espacio se manifiesta una forma de un habitar que tiene que ver con la conexión entre las personas, los deseos y las materialidades. Lo doméstico desborda los límites de la casa y se adentra en el taller porque en él actúa una forma de conectarse entre sí, produciendo lugares más seguros y de cuidados; porque crea el material necesario para que las personas se desarrollen y generen ciertos sentimientos de seguridad y resguardo, pero especialmente, porque produce un reconocimiento de la interdependencia de sus 'habitantes' y una red afectiva. Estas mujeres necesitan de este espacio porque mientras ellas son cuidadoras domésticas en casas ajenas, necesitan de un espacio donde reconocerse y cuidarse, un lugar como el espacio de costura donde establecer esa interdependencia de cuidados, crear una 'infraestructura afectiva' (The Care Collective 2020; Berlant 2016).

Figura 3. El taller de costura de Torrasa como espacio de infraestructura afectiva.



Fuente: Fotografías propias.

De esta manera, el taller se transformaba en espacio de encuentro, escenario para confluencias, confianzas, incompatibilidades e intercambios, así como para las confrontaciones y potenciales luchas. Un espacio en continuo proceso de construcción de significados y significaciones, donde las identidades colectivas se van forjando a través de lo que Asef Bayat (2013) denomina ‘redes pasivas’. Éstas representan una característica clave en la formación de los no-movimientos; comunicaciones instantáneas entre individuos atomizados que se establecen por el reconocimiento tácito de sus puntos en común directamente en espacios públicos o indirectamente a través de los medios de comunicación. Para estos grupos, el espacio ofrece la posibilidad de un reconocimiento recíproco y la creación de un proceso que facilita ‘solidaridades imaginarias’ (Ibid.), así como redes de apoyo mutuo. Carolina conversaba con una otra mujer colombiana que había acudido para pedir información sobre las clases del taller de costura, terminando hablando sobre su situación y ofreciéndole consejo:

Carolina: ¿Hiciste tu cita en la policía y todo eso?

Mujer: ¿Con la policía?

Carolina: Pues claro, para que te den tu tarjeta roja con permiso de trabajo. Ah bueno, pues haga su cita. ¿Tú familia no te ha dicho? Bueno, porque no tuvieron la información a tiempo cuando llegaron. Nosotros todos pasamos por la tarjeta roja. [...]

Mujer: Ah, pero es que yo nunca he pedido asilo político.

Carolina: Necesitas pedir asilo político. Dices “quiero apoyo legal”. Nosotros sí pedimos asilo político, pero esos de un millón uno sale. Hay acá una de Mujeres Pa’Lante que le aprobaron porque ella trabajaba con el gobierno allá, y bueno, la estaban persiguiendo y se la tuvieron que sacar en bola de fuego para acá así, escondida y todo. A ella le aprobaron. La mayoría pues

hemos sido denegados. Y por eso, estoy metiendo ahora la manera para buscar trabajo. Ya llevo cinco años...pero me quedé dormida en los laureles.

Mujer: ¿Tú tienes papeles?

Carolina: No...ya ahorita lo estoy tramitando. Pero tuve dos años mi tarjeta roja y todavía tengo mi tarjeta.

Estas redes latentes se producen en un espacio totalmente feminizado. Las mujeres comparten sus vidas, experiencias y consejos mientras cosen y cantan. Como apuntaba Roszika Parker (2010, xix) en relación a la práctica del bordado, éste históricamente ha constituido un arma ambivalente para las mujeres: por un lado, fuente de coacción y por el otro, de resistencia. Ha promovido la sumisión a las normas de obediencia femenina, pero también ha ofrecido medios psicológicos y prácticos para lograr su independencia. Así, actividades que se consideran tradicionalmente como 'femeninas' o 'domésticas' y sometidas a una fuerte separación de roles de género han significado, a su vez, una fuente de resistencia, colectividad y autonomía para muchas mujeres. La costura, el bordado y otras prácticas similares han servido como medios de expresión común, creación de identidad y preservación cultural. El canto y la costura son acciones corporales que actúan de mediadores entre los dramas y las dificultades personales de estas mujeres y de su vida cotidiana. En otras palabras, son performances que muestran y remiten a un proceso social tácito y que conduce a una especie de catarsis, en la cual, las angustias diarias, los dolores pasados y presentes, los abusos, y las dificultades del día a día se canalizan y purgan de forma compartida, mientras se canta por boca de otros cuerpos; esto es, haciendo suyas las palabras y emociones de las letras de las canciones y conectándolas con sus vivencias. De igual manera, el espacio también es construido a través de las canciones. Especialmente cuando las estrofas que tararean algunas de las mujeres se trenzan con los temas que espontáneamente van surgiendo mientras cosemos, generando así un nuevo universo de relaciones semánticas entre el contenido de las conversaciones y las melodías. Una mañana, Carmen nos explica que tiene que llevar a su hija a la clínica para que le practiquen un aborto in extremis, tras detectar en el feto unas manchas debido probablemente a una pastilla que tuvo que tomar hace tiempo por el lupus que padece. La conversación después deriva en otros temas, como la infancia, la relación con las hijas y el tejido de la blusa, pero al cabo de unos minutos Carmen arranca a cantar casi inconscientemente 'La pobre mía' de Los Golpes:

[...]
Y mi hijita
Duérmete
Amaneció llorando
La pobre mía

Se cerraron sus ojos
 Se me moría
 Se me moría mi niña
 Diciendo mamá
 Diciendo mamá
 Si no bajas del cielo
 Deja que vaya
 Deja que vaya
 Te quedaste sin madre
 yo me quede sin mujer
 la que tanto yo quería
 la que tanto y tanto ame

Tania: ¿Qué es eso Carmen?

Carolina: Eso es una canción de cuna, y de... habla de una niña. Es así como una historia triste.

Mapas de vida textiles: una cartografía sensible

*Yo quiero que a mí me entierren
 como a mis antepasados
 en el vientre oscuro y fresco
 de una vasija de barro.
 Cuando la vida se pierda
 tras una cortina de años
 vivirán a flor de tiempos
 amores y desengaños.
 Arcilla cocida y dura
 alma de verdes collados
 barro y sangre de mis hombres
 sol de mis antepasados.
 De ti nací y a ti vuelvo
 arcilla vaso de barro
 con mi muerte vuelvo a ti
 a tu polvo enamorado.
 Canta Carmen en el taller
 'Vasija de barro' de Gonzalo Benítez
 (canción popular ecuatoriana), 1950*

La importancia del espacio de costura en la vida de estas mujeres quedó materializada en los diferentes resultados obtenidos del trabajo de campo. Desde un enfoque metodológico cualitativo, feminista y de carácter situado, basado en métodos más participativos y menos extractivistas, se quiso explorar la realidad de las diferentes mujeres desde un acercamiento sensorial y emocional. El uso de procesos narrativos, reflexivos y creativos como medios de interpretación y análisis científicos ha sido tachado por muchos académicos como un enfoque ingenuamente humanista e incluso romántico (Baylina 1997). Esta contribución pretende desafiar esas opiniones aplicando métodos de investigación más sensibles y sutiles, capaces de ahondar en la cotidianidad de las informantes desde su propia narrativa, buscando

y experimentando con técnicas cualitativas más creativas, menos invasivas y jerarquizantes (Baylina 1997; Cotterill 1992).

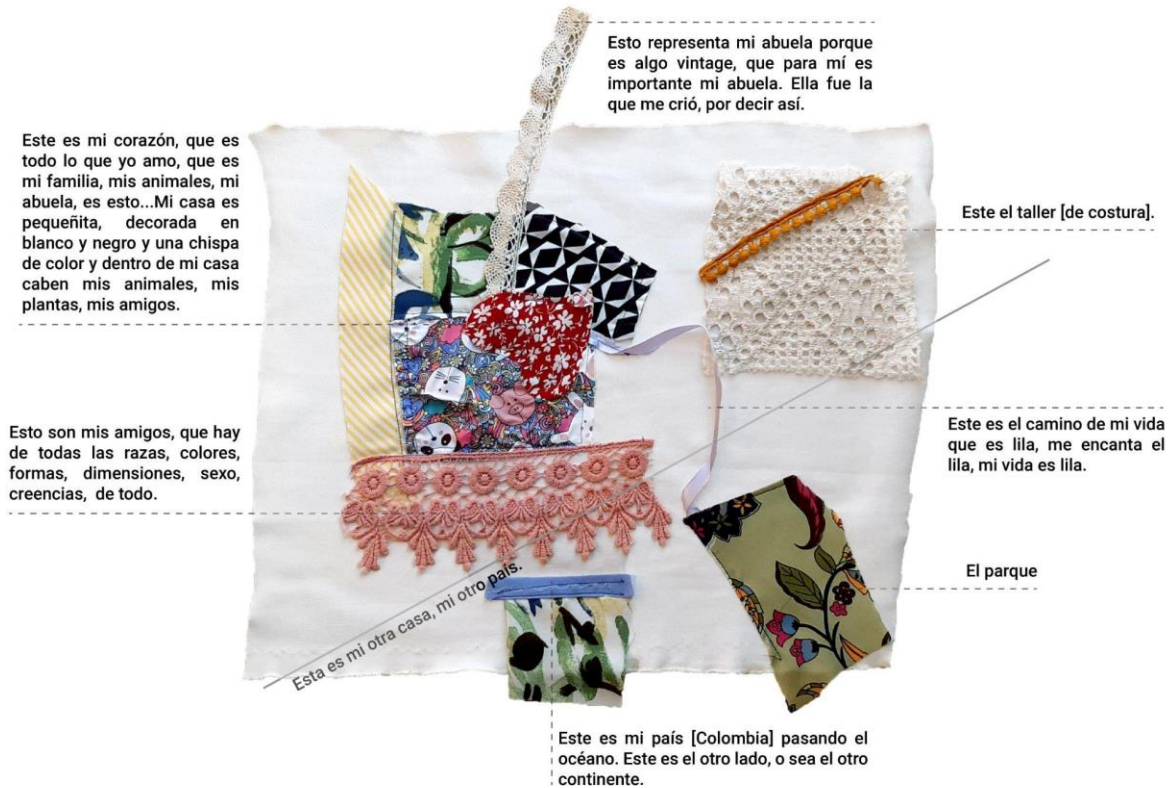
Así pues, la metodología aplicada consistió, por un lado, en realizar el registro sonoro de campo grabando sistemáticamente el audio de las seis horas de taller semanales durante los dos últimos meses y posteriormente, transcribiendo el archivo de audio completo. Todo ese telón sonoro compuesto del traqueteo las máquinas de coser, de bromas, interacciones y murmullos, del sonido del tren de Rodalies cada cinco minutos de fondo pasando bajo la ventana, de los cantos de las mujeres, y de sus silencios, conforman un paisaje de sonidos y emociones en movimiento, sobre todo y con frecuencia, por la ausencia misma de palabras. Pero más allá de que pudiera parecer una escenografía en la que poco acontece, la densidad de las vidas de estas mujeres parece dialogar con la levedad de las canciones de amor y desamor que sonaban repetidamente en el taller y de las continuas idas y venidas de mujeres que acudían a coser, vecinas que venían a charlar un rato y otras personas que buscaban pequeños arreglos de ropa.

Tras varios meses de establecer una relación con las mujeres participantes, el último día del curso solicité a la profesora llevar a cabo una dinámica adicional en el taller. Esta actividad tenía dos enfoques: por un lado, un grupo focal dedicado a que las participantes reflexionaran sobre el significado personal del espacio del taller de costura, y por el otro, la elaboración de mapas textiles para que representaran visualmente su vida utilizando los materiales disponibles, como retales y telas sobrantes. Las directrices fueron lo suficientemente amplias como para fomentar una interpretación libre y personal de la actividad. A continuación, sus creaciones fueron compartidas con el resto del grupo. La realización de esta actividad contó con la asistencia de las participantes de ambos grupos semanales a petición de la profesora, contando con un total de nueve mujeres. Mientras que el ejercicio relacionado con el espacio del taller contó con una mayor participación, únicamente tres participantes decidieron elaborar los mapas textiles. Las demás mujeres optaron por continuar con sus tareas de costura y finalización de sus proyectos.

Carmen, María y Gabriela (esta última asistente del otro grupo) fueron las tres mujeres que quisieron elaborar sus propios mapas y quienes me ofrecieron una visión más íntima y en detalle de su cotidianidad. El resultado obtenido muestra tres formas muy diferentes de representar sus vidas y de organizar el espacio del mapa: Gabriela lo hace de forma dual y abstracta representando su país de origen y lo que ha dejado atrás, en contraste con la nueva vida y los aspectos importantes que la conforman. Carmen de forma circular aludiendo la repetición de sus acciones y los espacios concretos que transita combinado con aspectos más simbólicos y emocionales. María de forma lineal y temporal, realizando una secuencia de las acciones que lleva a cabo en un día cualquiera. Tres maneras muy diferentes de ahondar en su cotidianidad.

Mapa de vida de Gabriela

Figura 4. Descripción de Gabriela sobre su mapa de vida textil.



Fuente: Elaboración propia sobre el mapa.

Este mapa textil producido por Gabriela (Figura 4) presenta una distribución del espacio en dos áreas geográficas: la zona inferior a la derecha, representado su país natal, Colombia, y su vida pasada –su *otra casa*– plásticamente interpretada mediante la separación del océano, en contraposición a la otra zona reservada para su nueva vida describiendo todo aquello que salvaguarda, gratifica y custodia su vida: *Y el corazón aquí sigue metiendo cosas. Cabe mucho*. Gabriela alude al hecho de que una parte de la figura del corazón no está del todo cosida, dejando entreabierto un hueco para poder seguir introduciendo en él nuevas experiencias y personas. Resulta también significativo el hecho de, aunque comience describiendo su hogar mediante sus cualidades más materiales o visuales cosiendo por ejemplo, una tela blanca y negra según la decoración de su casa, en ella o juntamente a ella, introduce elementos y conceptos más alegóricos que conforman ese imaginario de hogar o su representación como espacio de bienestar y seguridad: los amigos de *todos los colores y formas*, el cuidado de sus plantas, animales o la importancia de la figura de su abuela que nace del corazón y sobrepasa incluso los límites del mapa.

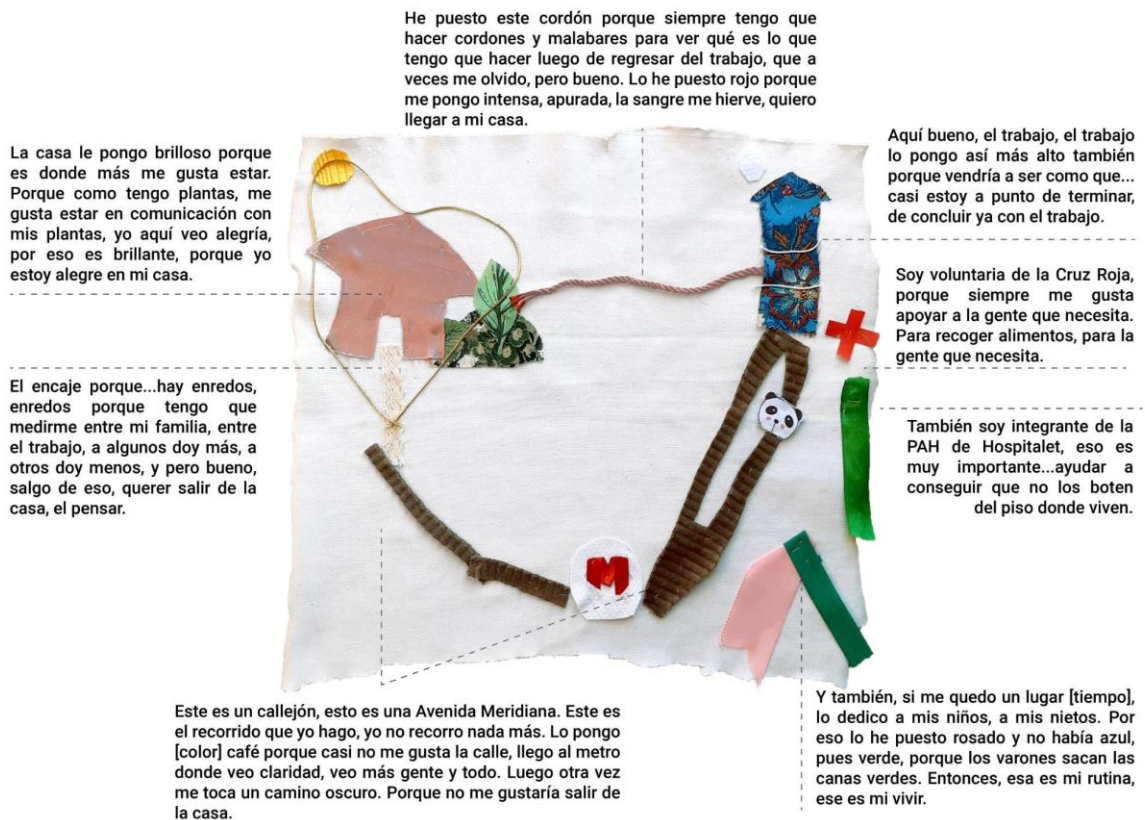
Otro de los elementos móviles y expresivos del mapa de Gabriela es la fina cinta de color lila o lavanda –su color de preferencia– que une precisamente ambas

secciones geográficas simbolizando, en sus propias palabras, *el camino de su vida*. Esta transitoriedad y la necesidad de plasmar sus orígenes y su tierra natal conectada con su nueva vida deja constancia de ese camino en suspensión, esa trayectoria que se resignifica continuamente materializando su vida como su propia frontera; donde la pertenencia y no pertenencia a un espacio quedan entrelazadas por esta fina cinta.

Asimismo, la aparición del taller de costura en este mapa y el espacio considerable que ocupa en él, también pone de relieve la importancia del mismo y su vinculación con los aspectos positivos de resguardo y bienestar –*para desestresarme* escribirá ella sobre el taller– que orbitan alrededor del elemento en forma de corazón.

Mapa de vida de Carmen

Figura 5. Descripción de Carmen sobre su mapa de vida textil.



Fuente: Elaboración propia sobre el mapa

El mapa de vida de Carmen (Figura 5) muestra una conceptualización circular comenzando por la zona izquierda con la representación de su hogar y finalizando con la salida del trabajo de regreso a casa por la noche. Este movimiento cíclico, con el sol y la luna que marcan el espacio temporal, simboliza asimismo la monotonía rítmica de su vida sólo alterada por las eventualidades que, en ocasiones, puedan romper esta secuencia: *De casa al trabajo. Del trabajo a casa. Este es el recorrido que yo*

hago, yo no recorro nada más. Esto es el recorrido cada día, cada día, cada día. [...] Salgo con el sol, y vuelvo con la luna.

Este contraste entre las dos zonas de mapa también se manifiesta en la expresión de los colores y las formas que emplea escogiendo colores amables, vivos y claros, y creando formas más redondeadas, orgánicas y anchas para la parte izquierda en referencia al hogar, y los tonos más oscuros y de formas más puntiagudas y estrechas para aludir al trabajo. Carmen añade *Si me queda un lugar* (entendido en el mapa como 'tiempo') *lo dedico a mis niños, a mis nietos* y a las actividades de voluntariado que realiza en la PAH de Hospitalet y en la Cruz Roja representados anecdóticamente al margen, abajo a la derecha del mapa. A pesar de que familia representa el núcleo de su vida, Carmen alude en más de una ocasión que debido a la depresión que sufre y la edad que tiene, el cuidado de los nietos lo vive más como una carga añadida que una responsabilidad justificándose que no es de esas abuelas que se hacen cargo, que *ya para tener cargas yo ya he tenido muchas cargas de jovencita*. Carmen tuvo su primer hijo a los quince años y a los veintiséis *cerró la parada* después de seis hijos. Carolina y Carmen conversaban un día sobre juegos de infancia cuando Carmen expresó: *Yo, cuando quise jugar con muñecas fue cuando tuve mi primer hijo. A los 15 años*. El padre del primer hijo, siete años mayor que ella, la abandonó poco después, y desde entonces, su madre se había convertido en parte esencial de su vida. Su muerte supuso un vuelco emocional para Carmen quien tuvo que solicitar asistencia médica:

...dice [el médico]: "Usted tiene una *depresión de caballo*" Dios...y le dije "¿Qué es eso?" "Una depresión... tiene mucha tristeza en la cara." ¡Uuuh, y yo era de las que revolvía la residencia (donde trabajaba)! Pero todo fue fallecer mi mami, y fue como... caer en picado. [...] Mi mami ya hace catorce años que falleció. No, no asimilo mucho. [...] Y aunque yo no lo demuestro, aunque yo parece que yo no lo siento, pero eso va por dentro.

Comenzando precisamente por la representación del hogar, Carmen encuentra en él ese refugio y amparo que no le proporciona la calle. Todas las alegorías y metáforas que emplea jugando con las cualidades de las telas remiten a esta representación de la casa como espacio en el que descansar y sentirse bien:

Aquí ustedes podrán ver un cordón dorado. El cordón dorado es todo lo que ha salido de mi cordón umbilical que son mis hijos, mi familia. [...] Está brillando todo porque mis hijos son mi brillante.[...] La casa la he puesto también con una tela brillante, ni tan rosada, ni roja, sino un color rosa palo. ¿Por qué? Porque yo la estabilidad que encuentro en todas partes es en mi casa. Mi hogar es la estabilidad que yo siempre he encontrado. Que siempre, donde vivo hay plantas. Y es lo que me da a mi vida. Amanezco yo, viendo las plantas.

Esta interpretación de los aspectos positivos a los que alude entran en diálogo y contradicción con las experiencias domésticas que explicaba con respecto a la poca avenencia y paciencia que tiene con el marido, los conflictos que tiene con él, las largas jornadas laborales y el desplazamiento de punta a punta de la ciudad que le

supone, y cómo es en el espacio de su casa donde ella encuentra esa aparente *estabilidad*:

No, si yo soy rara, si es que toda mi vida he sido así. Yo: mi casa, el trabajo y se terminó. Yo ahora que he encontrado esto (el taller de costura) es que me da vida, pero yo era así. [...] Bueno, para venir aquí él (su marido) no me prohíbe ni nada tampoco, ¡faltaría más que me prohibiera venir a mi entretenimiento! Pero a veces tengo reuniones de trabajo, de otras cosas, con lo de la PAH, con las reuniones y allí se enfada.

Resulta significativo cómo todo aquello externo que traspasa el hogar tiene connotaciones negativas en su relato. El camino de puntilla que sale de la casa simboliza los enredos de su vida, la sensación de tener que medirse entre la atención que concede a sus familiares y el trabajo y el tiempo que le consume. No deja indiferente el espacio que ocupa en el mapa el recorrido en metro que debe hacer diariamente: más de medio mapa que representa el 'exterior', la vida pública, *un camino oscuro, porque no me gustaría salir de la casa*. Ese afuera lleno de peligros, incomodidad e inseguridad apenas queda intercedido por la imagen de un animal, y la necesidad de representar algo positivo en ese trayecto como *ver animales, perros y gente paseando* en un momento de claridad al llegar al metro de la Avenida Meridiana en Barcelona.

Este círculo lo cierra un cordón rojo cargado de simbolismo *lo pongo rojo porque me pongo intensa, apurada, la sangre me hierve* aludiendo a los malabares y obligaciones que debe pensar y hacer al salir del trabajo y llegar a casa. Esta carga mental que implica tener que pensar, planificar, organizar, coordinar las tareas, hacer cálculos y otras tantas responsabilidades invisibles que recaen sobre las mujeres, deja su propia huella en el mapa de Carmen.

En lo que respecta al trabajo, ella explica cómo además de trabajar en un edificio alto, su morfología simboliza el final de etapa en su vida laboral: *casi estoy a punto de terminar, de concluir ya con el trabajo, entonces ya una vez que llegue a esta etapa pues al final del túnel veo...blanco. ¡La luz!*. Al preguntar qué le gustaría hacer cuando terminase esta etapa, Carmen no vacila en responder que volvería a su país, Ecuador, a vivir una vida tranquila

porque allí estoy más en contacto con la naturaleza. Y eso para mí es lo más importante. Mi familia, mis hijos, y todo, pero como hay las circunstancias...hay ese corte, pero bueno. Uno hace el recorrido y es un círculo. Lo mismo pasará con ellos, y eso. Esas son las ambiciones que tengo: de retirarme e irme a estar en contacto con la naturaleza porque es la que me da vida, además de las cosas que me gustan, el coser. Sí, allá tengo máquinas (de coser) que me esperan.

A pesar de que el taller de costura no aparezca en el mapa, Carmen hace referencia en su explicación a su pasión por la costura y las máquinas que la aguardan: *para mí es importante porque lo llevo en los genes. Mi padre fue sastre, y mi madre fue modista. Entonces yo lo llevo en los genes y nos gusta*.

Mapa de vida de María

Figura 6. Descripción de María sobre su mapa de vida textil.



Fuente: Elaboración propia sobre el mapa.

Por último, el mapa de María (Figura 6) muestra una composición lineal siguiendo la secuencia temporal de las acciones que realiza en un día cualquiera. María comienza su relato explicando la importancia para ella del pequeño altar budista situado en el recibidor de su casa junto a la foto de sus padres: *Rezo, hablo lo que tenga que hablar, doy gracias por todos, por un nuevo amanecer y pido que tenga un bonito día.* María, al igual que Carmen y Gabriela en sus respectivos relatos, reserva un espacio para el cuidado de sus plantas. La presencia de la naturaleza en sus relatos parece evocar un momento de tranquilidad y quietud en la vida cotidiana de estas mujeres.

La presencia del taller en el mapa como parte de su cotidianidad también conforma este compendio de tareas y actividades que resultan placenteras y generan satisfacción: el aseo personal, la preparación de la comida, realizar manualidades, ver una serie o salir todos los días a caminar constituyen, junto al taller de costura, el tiempo y espacio propios que tanto ansían estas mujeres. María lleva ya más de veinticinco años en Barcelona y ya ha podido establecer una rutina y una estabilidad económica gracias a la incapacidad permanente que obtuvo hace siete años por el accidente laboral que sufrió. Sus ingresos, aunque escasos, los redondea gracias a las

manualidades para fiestas que realiza por las que cobra un poco de dinero extra. Quizá su rutina es la que más dista de la cotidianidad de las demás mujeres del taller. Su invalidez le ofrece mucho tiempo libre que ocupar *en el tiempo libre, me gusta mucho la música, me gusta leer, me gusta compartir con los amigos, tomarme una cervecita y bailar, es mi hobby bailar. Y esto es mi día a día.* Así como Carmen o Jalila se desplazan continuamente de un lugar a otro, del trabajo a casa sin descanso, María tras el accidente puede permitirse dedicar su tiempo a las actividades que le producen placer como caminar, las labores manuales y la costura. El taller de costura es, en efecto, un lugar al que acude casi todos los días desde hace años.

Esta cartografía cualitativa pretendía establecer un vínculo sensible en la producción de conocimiento geográfico, mediante la representación de un habitar, la organización del tiempo y las tareas, así como de los espacios de relevancia, al mismo tiempo que buscaba generar su propia narrativa y lenguaje sensorial a través de un medio familiar para ellas. Desde esta práctica y perspectiva, la cartografía no se limita a representar, sino que genera nuevos conocimientos, introduciendo la percepción táctil en la elaboración de los mapas y poniendo de relieve la dimensión social y de género de las prácticas urbanas, desde las situaciones domésticas hasta los espacios públicos por los que transitan (Olmedo 2018; 2015). En ellos, representaron el hogar como espacio central desde el que construyen el relato, un espacio donde buscan una tranquilidad a pesar de la carga que les conlleva. Estos mapas se componen, por tanto, de 'gestos cartográficos' como cortar tela, ensamblar, coser y bordar que permiten una expresión física del conocimiento (Olmedo 2015). En este sentido, el entendimiento de los espacios a través del cuerpo se manifiesta en la plasticidad del mapa, tanto en el acto físico de coser como en la capacidad de transmitir de manera efectiva su propio habitar.

Coser, cantar y resistir

*Es verdad que la palabra
Cual martillo se levanta
Y hasta dicen que una sola
Puede acabar con murallas
Pero hoy nos dice la historia
Que sin acción no se avanza
Con el martillo dando
Y no dejarse dar
Con el martillo dando compañero
Hacernos respetar
Con el martillo dando
Y no tragar el humo
Con el martillo dando compañero
Que somos más que uno
[...]
Canta Teresa en el taller
'Con el martillo dando' de Alí
Primera, 1984*

Tras un mes y medio sonando baladas románticas, por primera vez, suenan las canciones protesta del venezolano Alí Primera en el taller. De pronto, el espacio adquiere, aunque de forma efímera, otra potencialidad en suspensión. Esta disrupción en la cadencia de las canciones que fueron conformando la banda sonora del taller de costura, de pronto, provoca un contraste en la narrativa de la construcción del espacio que nos permite pensar en la brecha de posibilidad latente en lugares como este. Las pocas veces que surgieron temas políticos en el taller, las posturas de las mujeres resultaban confusas, llenas de clichés y lugares comunes, tendiendo incluso hacia posturas más bien conservadoras. Y sin embargo, a pesar de que estas mujeres, a excepción de Carmen, no están politizadas, generan un espacio de políticas cotidianas, compuesto de una constelación de gestos, cuidados, encuentros inconexos, intercambios de información, de saberes materiales e inmateriales, acciones no planificadas e incontrolables que producen una multitud de universos que se deslizan tímidamente el uno en el otro. Al enfocar la atención en estas prácticas cotidianas, atomizadas e impredecibles, éstas dejan de ser ordinarias y triviales; ofrecen oportunidades para que se produzca el terreno fértil para luchas y transformaciones; ofrecen una intromisión silenciosa y subyacente en lo cotidiano, formas discretas y prolongadas en el tiempo no como actos políticos y deliberados, sino activados por la fuerza de la necesidad.

Las experiencias compartidas por las mujeres en el taller de costura revelan un tejido complejo de desafíos y desposesiones. El proyecto migratorio de estas mujeres no solo implica un desplazamiento geográfico, sino también una lucha constante por el espacio que ocupan en el nuevo contexto y en la nueva sociedad que las percibe como una otredad amenazante. Este proceso de desplazamiento se traduce en el abandono de sus tierras de origen, de sus vínculos sociales y familiares, la pérdida de reconocimiento de sus habilidades profesionales y la irremediable necesidad de enfrentarse a la precariedad e inestabilidad que atraviesan sus vidas ubicadas ahora en los márgenes de la nueva ciudad.

Así, la esfera doméstica se desprende de un lugar específico; emerge en la potencialidad de cualquier infraestructura producida para sostener la vida. Es en los hogares donde se efectúa el verdadero ajuste entre los recursos a los que se quiere acceder y aquellos trabajos remunerados y no remunerados, que los hacen accesibles a través de estrategias cotidianas: multiplicación de trabajos, buscar nuevas fuentes de ingresos, traspaso de responsabilidades, etc. El hogar se convierte de este modo tanto en refugio como en prisión. En él se cristalizan las tareas domésticas, el control, en ocasiones la violencia, la dependencia, las responsabilidades y la carga mental que supone tener que garantizar el bienestar. Pero lo doméstico traspasa aquello que entendemos por hogar, penetrando en otros espacios y creando otras espacialidades, buscando esas fisuras y lugares de desahogo y resguardo. A falta de un tiempo y cuidado propio en sus casas, las mujeres generan espacios, sociabilidades y prácticas

afectivas fuera de ellas. Pero lo interesante es que en espacios como el taller de costura de Torrassa, lo que acontece transita entre lo público y lo privado, lo que se expone y lo que se oculta, lo colectivo y lo íntimo; el dentro y el afuera de unas vidas que se entrelazan, confluyen, chocan, empatizan, colapsan y se comparten. En el taller, las mujeres cosían y remendaban sus prendas, comían dulces y bebían café, charlaban con otras vecinas, cantaban baladas de amor y desamor, cuidaban a las nietas, discutían y llamaban a sus familiares en el extranjero. Sin embargo, más allá de reproducir en el espacio del taller estas actividades tan asociadas al ámbito doméstico, en él se desplegaba una forma de habitar, de reconocimiento tácito y mutuo, y de cuidado colectivo y propio alimentado por la relación entre las mujeres, sus deseos y sus materialidades. Un espacio que deja su huella en sus mapas de vida.

Los mapas textiles elaborados resuenan con las zonas sensibles de las personas que los habitan. En él se inscriben y distribuyen las emociones, los imaginarios y los deseos: en ocasiones ilusiones o casi espejismos como la representación del hogar de Carmen; en otras, reductos de confort y alivio con el cuidado de las plantas o las personas cercanas; otras, memoria y nostalgia como la puntilla de Gabriela, pero también desaliento, inseguridad, frustración y proyecciones de anhelos con el regreso a la tierra natal. Las mujeres del taller de costura son narradoras en primera persona de lo que supone estar en el margen por ser migrantes de Latinoamérica o Marruecos, por ser madres, amas de casa, esposas y cuidadoras; trabajadoras domésticas, limpiadoras, trabajadoras en negro, mujeres solteras, viudas, y divorciadas. Mujeres desposeídas, mujeres, en definitiva, invisibles.

Si en nuestros actuales paisajes urbanos los desplazamientos forzados, la multiplicación de fronteras simbólico-materiales y la vulnerabilidad de la vida parecen haberse convertido en norma, es también desde sus márgenes que se pueden pensar y reconfigurar otras maneras de construir relaciones y afectos. Pues es precisamente en esas grietas y umbrales de la ciudad que se sedimentan otras formas de habitar y de convivir. Tal y como demuestran estas mujeres, es mediante la reconfiguración de los espacios sociales a través de estrategias cotidianas de una resistencia subyacente y silenciosa, así como de una infraestructura afectiva, que una vida propia, autónoma y con vínculos reales y afectivos es posible incluso en un mundo cada vez más hostil.

Bibliografía

- Ajuntament de l'Hospitalet. 2022. *Anuari estadístic de la Ciutat de L'Hospitalet 2022*. L'Hospitalet de Llobregat.
- Amoroso Miranda, María Inés, Anna Bosch Pareras, Cristina Carrasco Bengoa, Hortensia Fernández Medrano and Neus Moreno Sáenz. 2003. *Malabaristas de la vida. Mujeres, tiempos y trabajos*. Editorial: Icaria editorial. ISBN 10: 8474266742

- Bayat, Asef. 2010. *Life as Politics. How Ordinary People Change the Middle East*. ISIM series on contemporary Muslim societies. Amsterdam: Amsterdam University Press.
- Baylina, Mireia. 1997. "Metodología cualitativa y estudios de geografía y género". *Documents d'Anàlisi Geogràfica* 30:123-38.
- Berlant, Lauren. 2016. "The commons: Infrastructures for Troubling Times," in *Environment and Planning D: Society and Space* 34, (3): 393-419. <https://doi.org/10.1177/02637758166459>.
- Cearreta-Innocenti, Tania. 2023. "Life at the Margins: Women's Everyday Practices as Resistance in a Working-Class Neighbourhood in Barcelona." *At the Frontiers of Everyday Life: New Research in Cramped Spaces*. Springer Cham
- Chaney, David. 2002. *Cultural Change and Everyday Life*. London: Palgrave.
- Cotterill, Pamela. 1992. Interviewing women. Issues of friendship, vulnerability and powers. *Women's Studies International Forum* 15 (5/6):593-606.
- Guerrero, David. 2016. "L'Hospitalet quiere imitar a Brooklyn y ser un imán para el sector cultural." *La Vanguardia*, December 15, 2016. <https://www.lavanguardia.com/local/baix-llobregat/20160215/302159394724/arte-industrias-declive-hospitalet-brooklyn-cultura.html>
- Goffman, Erving. 1961. *Asylums: Essays on the Social Situation of Mental Patients and Other Inmates*. New York: Anchor Books.
- Hooks, bell. 1989. "Choosing the margin as a space of radical openness". *Framework: The Journal of Cinema and Media* 36: 15-23.
- Institut d'Estadística de Catalunya, IDESCAT. 2022. <https://www.idescat.cat/>
- Katz, Cindi. 2001. "Vagabond capitalism and the necessity of social reproduction". *Antipode* 33(4): 708-727.
- Lawson, Victoria. 2008. "Geographies of care and responsibility." *Annals of the Association of American Geographers* 97(1):1-11. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8306.2007.00520.x>
- Lefebvre, Henri. 1990. "An Inquiry, and Some Discoveries". En *Everyday Life In the Modern World*. New Brunswick, NJ: Transaction Publishers (1st edn in French, 1968).
- Margarit Segura, Daisy. 2008. "La inmigración latinoamericana en l'Hospitalet de Llobregat: una mirada desde lo cotidiano". *Quaderns d'estudi* 1987, Núm. 20: 97 - 140.
- McDowell, Linda. 2000. *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Madrid: Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.)
- Olmedo, Élise. 2015. *Cartographie sensible. Tracer une géographie du vécu par la recherche-création*. PhD diss., Paris I Panthéon Sorbonne.
- Olmedo, Élise. 2018. "Textile Maps. Using Sensitive Mapping for Crossovers Between Academic and Vernacular Worlds in the Sidi Yust Working-Class Neighbourhood in Marrakech". *This Is Not an Atlas: A Global Collection of Counter-Cartographies*, 264-69.
- Parker, Rozsika. 2010. *The subversive stitch. Embroidery and the making of the feminine*. London: I.B. Tauris. (1st edn in English, 1984).
- Pérez Orozco, Amaia. 2014. *Subversión feminista de la economía. Sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de Sueños. <https://doi.org/10.1017/CBO9781107415324.004>.

- Rolo González, Gladys, Dolores Díaz Cabrera and Estefanía Hernández Fernaud. 2009. "Desarrollo de Una Escala Subjetiva de Carga Mental de Trabajo (ESCAM)." *Revista de Psicología del Trabajo y de las Organizaciones* Vol. 25, n.º 1, 29-37.
- Simmel, Georg. 1986. *Sociología: Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid: Alianza Editorial. (1st edn in German, 1908).
- Smith, Neil. 1996. *The New Urban Frontier. Gentrification and the revanchist city*. London: Routledge <https://doi.org/10.4324/9780203975640>.
- The Care Collective. 2020. *The care manifesto*. London/New York: Verso.
- Tello, Rosa. 2005. "Áreas metropolitanas: espacios colonizados". In: *Urbanização e mundialização: estudos sobre a metrópoli*, edited by Carlos AF, Carreras C, 9-20. Sao Paulo: Contexto.
- Vaiou, Dina and Rouli Lykogianni. 2006. "Women, Neighbourhoods and Everyday Life". *Urban Studies* 43 (4): 731-43. <https://doi.org/10.1080/00420980600597434>.
- Wilson, Elizabeth. 1995. "The rhetoric of urban space". *New Left Review*, n.º 209:146-60.

© Copyright: Tania Cearreta-Innocenti, 2024

© Copyright de la edición: *Scripta Nova*, 2024.

Ficha bibliográfica:

CEARRETA-INNOCENTI, Tania. "No todo es coser y cantar". Explorando los espacios domésticos de mujeres migrantes. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Barcelona: Universitat de Barcelona, vol. 28, Núm. 3(2024), p. 137-169 [ISSN: 1138-9788]

DOI: 10.1344/sn2024.28.44851

